

LA INSTALACION INDIGENA EN EL VALLE CALCHAQUI

A propósito del pucará de Palermo

Por ROMUALDO ARDISSONE.

CONOCIMIENTO DE LA ZONA

Basta enunciar el nombre del valle Calchaquí para que acuda a la imaginación el recuerdo de una de las regiones argentinas de mayor fama por la intensidad y duración de la lucha entre españoles e indígenas. Contribuyen las noticias de que abundan los libros de historia, a lo cual se agrega el conocimiento que se desprende del material arqueológico que enriquece museos y colecciones particulares y origina una bibliografía ya amplia.

Desde este punto de vista, en general, el conocimiento decrece de Sur a Norte, a medida que ascendemos por el Valle. Circunscribiéndonos a la sección cuyo centro es Cachi, a fines del siglo pasado se encuentran los primeros estudios que, además, fueron de poca importancia. En 1893, Ten Kate inicia excavaciones y recoge el primer material en el *antigal* de Puerta de La Paya, y en algunas otras localidades del Valle (1); poco después pasa por allí Ambrosetti, recogiendo sólo algunas noticias, pues su estado de salud le impide emprender un estu-

(1) HERMAN F. C. TEN KATE, *Rapport sommaire sur une excursion archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucumán et de Salta*, en *Revista del Museo de La Plata*, V, 344|45, La Plata, 1893.

dio. (2) Pero el mayor esfuerzo no debe quedar librado a las profanaciones de buscadores de tesoros y de comerciantes. En 1906 y 1907, la zona es campo de estudio de dos expediciones organizadas por el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires y dirigidas por Ambrosetti, a quien acompaña las dos veces Debenedetti, que inicia la serie de proficuos viajes al Noroeste. Las excavaciones se realizan en Fuerte Alto —inmediato a Cachi—, en Puerta de La Paya y en Quipón —aguas abajo de Payogasta (3)—. Los resultados obtenidos en la segunda localidad son expuestos por Ambrosetti (4), y los de la tercera por Debenedetti. (5)

No obstante los méritos que representan, estas expediciones no tienen continuadores y es de lamentar por cuanto sus frutos distan mucho de haber agotado el interés arqueológico regional. Puede afirmarse que ni siquiera poseemos noticia bibliográfica de todos los lugares en que se encuentren restos indígenas. Esta situación de parcial ignorancia incide de una manera apreciable sobre el conocimiento de las características de la población india con anterioridad a la conquista blanca en la entera región.

En enero y febrero de 1939, visité varias partes del Valle y de un modo especial centralicé las observaciones en la zona de Cachi, donde residí casi todo el tiempo. Me guiaba el propósito de estudiar aspectos de geografía humana y creo no haberme apartado de ésta si requerí noticias y observé lugares de ruinas indígenas. Efectivamente, el número, la ubicación, la amplitud y otras peculiaridades de los *antigales* llevan al conocimiento de la antropogeografía de tiempos pretéritos. Tales nociones son interesantes de por sí y a su vez pueden arrojar mucha luz que aclara algún aspecto de la actualidad. Así como el presente ayuda la comprensión del pasado, para entender la geografía humana de nuestros días, es menester echar mano a menudo de

(2) JUAN B. AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de "La Paya" (Valle Calchaquí-Provincia de Salta). Campañas de 1906 y 1907*, 13, Buenos Aires, 1907.

(3) SALV. DEBENEDETTI, *Excursión arqueológica a las ruinas de Kipón (Valle Calchaquí-Provincia de Salta)*, 6, 29, Buenos Aires, 1908.

(4) JUAN B. AMBROSETTI, *Exploraciones*, etc.

(5) SALV. DEBENEDETTI, *Excursión*, etc.

las manifestaciones de antaño, pues con tal o cual intensidad pueden seguir persistiendo. Tratándose de un ambiente como el del valle Calchaquí, hay interés en puntualizar los elementos humanos que, a través de siglos, hace perdurar el mismo conjunto de factores naturales que son perennes en su existencia y en su acción. La substitución de los habitantes o un simple agregado de nuevo elemento humano aporta cambios de bulto en la realidad antropogeográfica; sin embargo, la variación, por intensa que sea, no resulta absoluta, pues la población que sobrevenga necesita habérselas con el ambiente natural. En la actividad de cada estirpe y de cada período histórico se registra una reacción particular, pero debajo de las diferencias descubrimos más de un punto de contacto, al investigar las relaciones innegables de los habitantes con el medio que los alberga.

El valle Calchaquí es muy importante. Contribuyen para asignarle esta categoría su amplitud de varios centenares de kilómetros de largo, su disposición longitudinal, su dirección de Norte a Sur, y el hecho de que presente algunas condiciones de vida que no deben descuidarse. Un aspecto fundamental es el de permitir, más aun, el de facilitar las comunicaciones, el de servir de trámite entre regiones amplias y de ambientes diversos. Además, el número de accidentes geográficos que reúnan ventajas análogas, o cuando menos de tanta magnitud, es reducidísimo. A semejanza de las quebradas del Toro y de Humahuaca, en todo tiempo este Valle fué la ruta natural y obligada entre el gran Altiplano y los valles y pampas bajas y dilatadas. Por consiguiente, en todo su largo o por trechos hubo probabilidad de cuajarse influencias económicas, políticas, culturales y demográficas.

No es de extrañar que se vincule con las primeras manifestaciones de exploración y conquista del Noroeste argentino efectuadas por los españoles, sin hablar de probables o seguras influencias anteriores incaicas. A este respecto, pueden mencionarse la expedición de Diego de Almagro y la gran entrada de Diego de Rojas. El paso de gente armada no se habrá realizado siempre con facilidad. La seguridad de la invasión se ponía en peligro por la índole guerrera de los habitantes y éstos encontraron en la topografía varios puntos que facilitaron su concentración y su defensa, con probabilidad de hostilizar o de impedir el paso del enemigo.

CHICOANA

Precisamente en la información de servicios prestados por Pedro González de Prado se encierra una noticia relacionada con el asunto que trato. Este conquistador actuó en la célebre entrada de Diego de Rojas y formó parte de la tercera y última cuadrilla al mando del capitán Nicolás de Heredia. La probanza de méritos en la pregunta séptima sometida a la consideración de los testigos expresa:

"... yendo para la dicha entrada e pasando por la prouincia de chicoana que estan de guerra los dichos yndios y viendonos que heramos tan pocos desde unos peñoles nos hacian daño e nos hirieron ciertos cavallos e viendonos que heramos tan pocos salieron vn dia al camino a nos matar e tomar el fardaje..."

El testigo Antón Griego, contesta: "... al tiempo que paso por la dicha prouincia de acoana les fizieron desde los dichos peñoles mucha guerra e le firieron cavallos y este testigo cree que quando paso el dicho niculas de heredia por las dichas prouincias les farian gerra desde los dichos peñoles..." En consonancia depone "juan ceron clerigo presvitero", pues "... vido como yendo por la dicha prouincia de chicoana desde unos peñoles davan guacavaras los yndios a los que por alli yvamos y viendonos tan pocos un dia se avaxaron de los dichos peñoles e salieron al camino entre vnas arboledas a los que por alli ybamos a nos tomar a mano el fardaxe e ya auian tomado mucho de ello e yndios cargados y este testigo vido como a un paso mas del dicho camino se pusieron los dichos yndios a estorbar el paso a los cristianos..." (6)

(6) *Capítulos de una información de los servicios prestados por Pedro González de Prado, que entró en las provincias del Tucumán y Río de la Plata con Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez y Nicolás de Heredia, y se señaló en la expedición de Francisco de Mendoza. Años 1548-1556, en Colección de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino. Gobernación del Tucumán. Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores. Documentos del Archivo de Indias. Tomo I, 1548-1583. Publicación dirigida por D. Roberto Levillier. Prólogo de D. Rufino Blanco-Fombona, 5, 31, 45, Madrid, 1919.*

En este documento no se hace mención del valle Calchaquí. El topónimo que figura es *provincia de Chicoana*, y aquí entramos en campo discutido, pues la ubicación ha engendrado un cierto número de afirmaciones encontradas. Actualmente existe la población, la estación y el departamento de Chicoana, situados en el valle de Lerma, de manera que si el topónimo de la probanza de González de Prado es una misma cosa con el de hoy, lo que cito está fuera de lugar. Que así sea lo afirman varios autores, de manera que la toponimia de nuestros días sería simplemente la supervivencia de la toponimia del siglo XVI. Una variante la ofrece Lafone Quevedo, pero siempre estamos dentro del valle de Lerma, pues ubica Chicoana de la conquista al Sur del pueblo homónimo actual.

Sin embargo, hay quien habla de un cambio mayor, hay quien ubica Chicoana al Oeste, en la cuenca del río Calchaquí y a esta hipótesis me adhiero. La toponimia del país presenta muchos ejemplos de falta de coincidencia plena entre la ubicación del nombre de estaciones ferroviarias y el nombre tradicional. Esta disparidad no es única y la historia puede documentar varios casos en que el nombre de lugar subsiste, pero no se aplica ya al mismo hecho geográfico. Con las migraciones humanas han migrado a la vez algunos topónimos. Uno que otro de estos fenómenos debía suceder en el Noroeste argentino, particularmente en esa región en que la resistencia armada del indígena a la conquista española se prolongó por más de un siglo. Como consecuencia de la victoria de los blancos y para extirpar de raíz las probabilidades de repetir las sublevaciones, muchos pueblos fueron desnaturalizados. Tales cambios pudieron acarrear transformaciones toponímicas. Este es el caso de Chicoana, que del valle Calchaquí pasó al de Lerma.

Chicoana aparece con el primer conocimiento que los españoles adquirieron del Noroeste. En efecto, el viaje más antiguo es el de Diego de Almagro en demanda de Chile. El relato hecho por Oviedo nos dice que después de la provincia de Xibixuy "passó el adelantado á la *provincia de Chicoana*, ques de septenta leguas ó más de señorío, . . .". Más adelante agrega: "Esta *provincia de Chicoana* está en sierras é tierra muy áspera: es gente de guerra; cogen mucho mahiz e hay mucho ganado. . . La tierra es mala de sojuzgar, sin gastarse en ello algun

tiempo". (7) En estas afirmaciones y otras noticias que no transcribo se destacan unos hechos característicos que aclaran en alguna proporción las nieblas que envuelven la localización de esos remotos sucesos. Resulta que los habitantes de Chicoana eran aguerridos, sedentarios y su principal actividad consistía en la agricultura y en la cría de la llama. Además se nos presenta la topografía muy accidentada y el topónimo se aplica a una *provincia* que es amplia, por cuanto mide varios centenares de kilómetros de largo.

Más parco en noticias acerca de este asunto fué Diego Fernández, al relatarnos la entrada de Rojas. Escribió que llegado "este Capitán á la *provincia de Chicoana* (que son indios de guerra) hallaron allí gallinas de Castilla..." Los expedicionarios dejaron la meta chilena y optaron por dirigirse al Plata, pues "las gallinas fueron causa de torcer el camino creyendo Diego de Rojas hallar mejor tierra; y pasaron las montañas con grandísimo trabajo por ser tierra muy áspera, y luego dieron en provincias de grandes poblaciones. Fué la primera Tucumán...". (8) Estas últimas referencias aportan innegable claridad. Se trata de las excelsas montañas que separan los valles Calchaquíes y Tucumán y su mención abre una senda para ubicar a Chicoana.

Alguna mayor amplitud dió a su relato del mismo viaje el cronista Cieza de León. Extraigo la noticia de que "salió el capitán Diego de Rojas á hacer alto en el *valle de Chiquana*, con sesenta españoles, adonde se determinó aguardarse al General Felipe Gutiérrez, é al Maese de campo Nicolás de Heredia, é así se partió hasta llegar á *aquel valle*, á donde de los indios naturales supo como adelante había gran poblado, é los indios poseían muchas gallinas de Castilla;..." Rojas partió de Chicoana y llegó a Tucumán después de transponer una sierra muy fragosa. "*Había desde allí a Chiquana donde dejaron el Real, cincuenta leguas*". Después de varias peripecias, Rojas encontróse con grave dificultad para hallar alimentos y entonces en-

(7) GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar Océano*. Publicada la Real Academia de la Historia, IV, 263|65, Madrid, 1855.

(8) DIEGO FERNÁNDEZ, VECINO DE PALENCIA, *Primera parte de la Historia del Perú*, II, 22, Madrid, 1914.

vió á Montemayor hacia Felipe Gutiérrez con encargo de que no avanzara hasta que le enviase un segundo mensajero, con el propósito de no empeorar la situación de hambre a que se encontraban abocados. “E habiéndose dado priesa á andar Montemayor, le encontró en *un pueblo que ha por nombre Irequire, que es en el cabo de la provincia é valle de Chiquana, . . . en aquel paraje estaba el real camino que iba á Chile, . . .*” (9) Destaco las palabras o frases que de una manera especial encaminan hacia la solución del problema. Así, además de otras noticias, logramos conocer una distancia, la existencia del camino real a Chile, el topónimo Irequire, la formación de un real y la caracterización de Chicoana como valle y provincia.

Quizás haya existido también un pueblo con la misma denominación ubicado en un lugar del valle Calchaquí, cuyo reconocimiento sigue preocupando, a pesar de cuantos intentos se hayan efectuado para darle alcance. Datos de mucho interés que acercan a la exactitud suministró Matienzo en su célebre carta del 2 de enero de 1566. No voy a transcribir largamente del itinerario, aun omitiendo otras noticias que facilitan la localización. Sólo citaré esto: “De allí a chiquana pueblo de calchaquí otras seis leguas”. (10) Resulta, pues, que Chicoana era un pueblo de Calchaquí. Salteo un largo período y llego a los primeros años de nuestro siglo para encontrar la interpretación de Boman: “. . . Chicoana était à la fois le nom de toute la Vallée Calchaquie et celui d’une localité qui y était située et où Almagro livra bataille aux Indiens. Cette localité est sans doute le Chicoana de la vingtième étape de Matienzo. . . La bataille de Chicoana n’eut pas lieu dans la Vallée de Lerma, mais dans la Vallée Calchaquie, *entre Cachi et Molinos*”. Unas páginas antes ubicaba “*Chicuana* aux environs de Seclantás”, (11) localidad del valle Calchaquí situada precisamente entre Cachi y Molinos.

(9) PEDRO CIEZA DE LEÓN, *Guerras civiles del Perú. Tomo segundo. Guerra de Chupas*, 311, 312, 315, 320|24, Madrid.

(10) *Carta del oidor JUAN DE MATIENZO al rey de España*, en *El Tucumán colonial (Documentos y mapas del Archivo de Indias). Introducción y notas de RICARDO JAIMES FREYRE*, I, 63, Buenos Aires, 1915.

(11) ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d’Atacama*, II, 705, 707-09, París, MDCCCXVIII. Además hallamos la ubicación en los dos mapas fuera de texto: *Corte*

Cabrera aumenta los argumentos en favor de la tesis de que Chicoana se hallaba en Calchaquí, aunque sin ocuparse de dilucidar dónde estaba el lugar exacto del pueblo de Chicoana. (12)

En cambio, Levillier insiste en el problema de la ubicación de éste y lo resuelve hablándonos de Molinos, es decir, de una localidad relativamente cercana a la que señaló Boman. (13)

Un poco más tarde, Cornejo vuelve sobre el asunto y opina que "la provincia de Chicoana estaría comprendida en los valles actualmente llamados de Calchaquí salteños". En cuanto al asiento o real de Almagro y de Rojas, disiente de las opiniones anteriores de una manera apreciable, pues "el real de Chicoana habría estado por Antofagasta de la Sierra o Incahuasi (Gob. de Los Andes)". (14) Este punto puede dejarse al margen debido a que en la presente circunstancia interesa la ubicación del valle, de la provincia o comarca de Chicoana y no la pequeña o secundaria cuestión del real español. Aun para el valle en este momento no corresponde agotar el asunto, engolfarse en una amplia investigación histórica acudiendo a cuanto documento pueda suministrar un indicio orientador y realizar un análisis crítico de las afirmaciones e hipótesis que se hayan formulado. Todo esto, nuevamente emprendido, es susceptible de producir buenos frutos, máxime si se recurre, como es menester, al auxilio fundamental del conocimiento geográfico de la región, tratándose de un genuino problema de geografía histórica. La investigación de archivo o de gabinete da su aporte, pero no debe olvidarse la acción vivificadora y aclaratoria de la observación del ambiente geográfico.

de la région andine des diaguites indiquant les localités d'un intérêt archéologique, échelle 1:2.000.000, vol. I, y Carte archéologique du nord-ouest de la République Argentine, échelle 1:750.000, vol. II.

(12) P[ABLO] C[ABRERA], *Tesoros del pasado argentino. Estudios históricos y geográficos del Tucumán*, en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año XIII, Nos. 10-12, págs. 4-11, Octubre-diciembre de 1926.

(13) ROBERTO LEVILLIER, *Nueva crónica de la conquista del Tucumán*. Tomo I, 1542-1563, 102-110, Madrid, 1926.

(14) ATILIO CORNEJO, *Apuntes históricos sobre Salta*. Segunda edición, 29-46, 68, Buenos Aires, 1937.

Pongo punto final a estas consideraciones habiendo sacado en limpio lo suficiente para caracterizar a Chicoana como una provincia montañosa, mejor aun, como un valle cuya correspondencia con el Calchaquí si no alcanza la exactitud matemática, logra acercársele. Por lo menos diré que, para esta coyuntura, si la igualdad no existe, bien merecería establecerse. Además de la situación y de las condiciones morfológicas, hay a favor del valle Calchaquí la índole guerrera de sus pobladores y la existencia de lugares fortificados, de los citados peñoles, desde los cuales se hostilizaba con eficacia a los invasores.

CARACTERES NATURALES DEL VALLE E INSTALACION INDIGENA

La ubicación de los puntos fortificados o pucarás, como asimismo la de cualquier lugar habitado no está librada al azar. La topografía y el clima del Valle imponen su ley. Veamos brevemente en qué consisten tales condiciones. Dada su latitud —alrededor de los 25° S—, las precipitaciones son estivales, pero desgraciadamente, no tienen la abundancia de otras zonas aun cercanas del Noroeste. Faltan las observaciones pluviométricas precisas o por lo menos no presentan la suficiente antigüedad para realizar una apreciación aceptable. Sin embargo, la observación del ambiente geográfico acusa inmediatamente las consecuencias de las precipitaciones muy escasas, hasta el punto de no titubear en clasificar la zona como desértica. El hecho se origina en la disposición Norte-Sur que presenta la serie de sierras antepuestas al Valle en el naciente. Allí se detiene la humedad procedente del Atlántico, pues las montañas son grandes condensadores del vapor de agua. Los cerros que limitan al Valle por el levante son testigos elocuentes del hecho que se repite en otras partes del país: el frente oriental es mucho más húmedo que el occidental, y las nubes superan sus cumbres con dificultad al trasladarse el aire hacia el Oeste. Otra observación nos pone al tanto de que el fondo del Valle recibe menores precipitaciones que las partes elevadas de las dos cadenas que delimitan la hondonada. Esta apreciación cuantitativa aproximada

se desprende del hecho de notarse con frecuencia las cumbres ocultas por las nubes, mientras abajo brilla el sol con un ambiente luminosísimo.

Las montañas que limitan el Valle por el Este son de altura sensiblemente menor que las del límite occidental. De aquí resulta la aparente anomalía de que el río Calchaquí suele recibir afluentes de mayor importancia por su margen derecha, es decir, se trata de cursos de agua que bajan de las excelsas montañas del borde oriental de la Puna. La antedicha mayor altura es factor favorable, pues determina que esas cumbres captan la última humedad procedente del Atlántico. En sitio de honor, corresponde citar la imponente, la maravillosa serie de cumbres que se hallan al NO. de Cachi, de un largo de muchos kilómetros y que se presentan al viajero admirado cubiertas de un gran manto de nieve perenne, de cuyo deshielo se alimentan en gran parte afluentes como el de Cachi y el de Palermo.

En este medio la población se instala casi exclusivamente donde hay cultivos que constituyen la fuente primordial de actividad. Pero estos cultivos sólo pueden conseguirse con el riego y se realizan generalmente en lonjas, a lo largo del río, en el bajo y a veces sobre las terrazas fluviales.

El área ocupada es muy reducida si se la compara con la extensión de todo el Valle; en algunos parajes ni siquiera es continua y en todas partes constituye verdaderos oasis de gráfimo contraste en medio de la desolación del ambiente. Allí es donde la población tiene mucha densidad, codeándose con lo que debe considerarse como prácticamente deshabitado. Por más que se intente aprovechar al máximo el agua y se dé impulso a los cultivos mejorando la técnica, el clima y la geología ejercerán siempre su acción tiránica en gran parte del Valle. Por tal causa es de creer que —no obstante innegables cambios— el número de habitantes nunca habrá sido elevado, aun en los períodos de mayor bienestar.

Topográficamente, el Valle se divide en una serie de secciones determinadas por los angostos producidos por los espiones de material antiguo y resistente con el cual tiene que habérselas el río. Entre un angosto y el siguiente se abre lo que podríamos llamar una cuenca. Allí la topografía es más suave y

además predominan los depósitos fluviales, creando facilidades para la instalación y la actividad de los habitantes.

La vida humana en el período prehispánico seguramente revestía mucha similitud con la actual. Los puntos fortificados y quizás verdaderos aglomerados de población se establecieron en relación principal con las confluencias fluviales de mayor importancia en las cuencas susodichas. Haciendo caso omiso de restos aislados, en la zona de Cachi, tuve noticia de la existencia de ruinas indígenas en la Puerta de La Paya, Fuerte Alto, Quipón, Palermo, Pueblo Viejo y Potrero de Payogasta. Visité todas estas localidades menos las dos últimas. Puerta de la Paya se encuentra en la confluencia de la quebrada de La Paya con el río Calchaquí y sus amplias ruinas fueron estudiadas por Ambrosetti; se extienden sobre la parte frontal del cono de deyección que allí termina en terraza fluvial.

Varios kilómetros al Oeste, en la quebrada, cerca de la escuela, guiado por su director, señor Simón Grimberg, observé restos de varias pircas de gran espesor, como asimismo algunas otras que manifiestan, seguramente, su condición de andenes. La localidad se llama La Paya. Fuerte Alto está en el angosto homónimo inmediato al pueblo de Cachi. Sobre las terrazas fluviales de ambas orillas del río de Cachi existen indicios de ruinas de indígenas que ya merecieron la atención de los arqueólogos, como también sucedió con los restos de Quipón, situados a la orilla izquierda del río Calchaquí, entre Cachi y Payogasta. En cambio, otros campos de ruinas aun no figuran en la bibliografía arqueológica. Esto sucede con el pucará de Palermo, que además se presenta intacto, lo cual despierta una grata sorpresa por contraste con la pena que causan las profanaciones de tantos otros sitios.

TOPONIMO EXOTICO

Al oír el topónimo *pucará de Palermo* la gente de la zona bonaerense podrá extrañarse con mucha razón, pues se trata de la vinculación de dos palabras que suenan antagónicas: una muy indígena como *pucará* y la otra *Palermo* que acude a nues-

tro encuentro como un alto exponente de urbanismo porteño. La insólita vecindad se acentúa más al considerar que, en la ladera opuesta del Valle, cerca del Potrero de Payogasta, las cartas nos señalan el topónimo *Belgrano*. A pesar de las apariencias, no se piensa realizar un chiste toponímico, por cuanto este *Palermo* asociado a *pucará* es el topónimo correspondiente a una finca situada a unos treinta kilómetros al N. del pueblo de Cachi, en la confluencia del río homónimo con la margen derecha del río Calchaquí. No se trata de un bautismo reciente de que pueden citarse múltiples ejemplos y casi todos ellos mal inspirados. Palermo, en el valle Calchaquí, tiene una historia de muchos decenios, de manera que aunque su presencia no sea antigua tampoco resulta lícito clasificarlo entre los enteramente advenedizos. Lo comprueba la ley provincial del 22 de febrero de 1867, que divide al departamento de Cachi erigiendo el de Payogasta, que más tarde se denominó La Poma. Esta ley nos dice:

“Art. 2º — El Departamento de Payogasta tendrá por límites con el de Cachi el *Río de Concho (hoy Palermo)* hasta su confluencia con el río Calchaquí...”.

Otra ley provincial, fechada el 29 de noviembre de 1869, al modificar los límites de los departamentos de Cachi y de La Poma, en su artículo primero, establece:

“...la línea que parte del *Río Concho (hoy Palermo)*, que dista como seis leguas al Norte de Cachi, que nace de una serranía del poniente y tiene su curso más o menos al naciente hasta que desemboca en el Río Grande...” (15), es decir, en el Calchaquí. Del mismo tenor son dos documentos paralelos eclesiásticos que copié en el archivo parroquial de Cachi. Un auto episcopal, dado en Salta el 22 de mayo de 1867, no dice: “Por cuanto segun informes fidedignos q^e tenemos el Curato de Cachi en esta Provincia de Salta no puede ser debidamente atendido por un solo Cura á Causa de las distancias q.^e separan una gran parte de su población y de los malos caminos, y otros inconvenientes ...”, y considerando que “... las divisiones

(15) *Recopilación general de las leyes de la provincia de Salta y sus decretos reglamentarios. Documentos compilados, ordenados y publicados por Gavino Ojeda, II, 512, 553-54, Salta, 1930.*

eclesiásticas deben coincidir con las civiles", se resuelve crear la parroquia de La Poma. Como límite se establece el "río de Concho (hoy Palermo)". La misma indicación se encuentra en el auto del 30 de noviembre de 1869 por el cual se modifican los límites entre las parroquias de Cachi y de La Poma. En este punto quizás convenga recordar que en un mapa moderno figura el topónimo hidrográfico como *R. d. l. Conchas* (16).

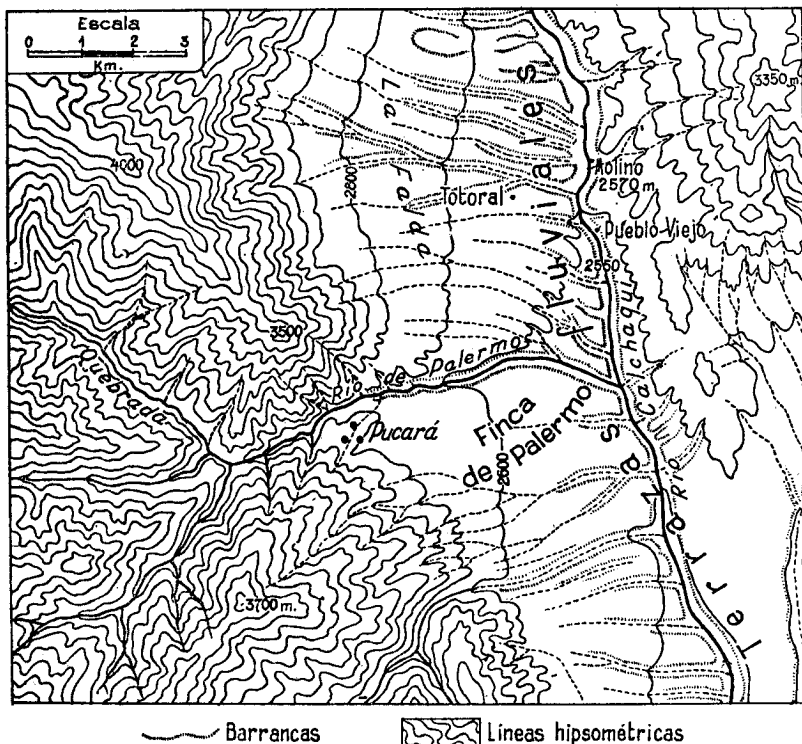
EL AMBIENTE DEL PUCARA DE PALERMO

La finca de Palermo es una de las mejores del valle Calchaquí y se encuentra a 2.600 m. sobre el mar. En su estado presente es obra especial del espíritu de iniciativa de Benjamín Zorrilla, a cuya sucesión ahora pertenece. Pude visitarla el 31 de enero y 1º de febrero de 1939, deferentemente atendido por sus arrendatarios, señores Jorge Figueroa y Chihan, a quienes estoy muy agradecido.

Entre alfalfares y otros cultivos de riego, la finca tiene ochocientas hectáreas pobladas por unos ochocientos habitantes casi exclusivamente indígenas puros. Esta cifra resulta lo más elocuente, pues significa que allí existe una densidad de cien habitantes por kilómetro cuadrado, siendo toda población rural, por cuanto no se ha formado aglomeración de pueblo, aunque la disposición de las casas signifique una frecuencia bien grande a lo largo del camino, sobre la barranca de la orilla derecha del río Palermo. Por excepción, las viviendas se encuentran dentro de los campos cultivados. *La sala*, la mansión del dueño, puesto que en este caso nos hallamos en presencia de una verdadera mansión, ofrece un aspecto excepcional en la zona, más aún, en el Valle, por las comodidades que causan sorpresa y por la cantidad de piedra labrada que se empleó en su construcción. Hubo dirección italiana, pero la mano de obra fué local que se hizo experta en semejante trabajo y cierta influencia

(16) INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR, *Carta de la República Argentina. Escala 1:500.000, N° 17, Salta*, [Buenos Aires], 1932.

se nota en el uso de la piedra para las modestas viviendas que se levantaron los peones, de cuya ubicación hablé hace un instante. Una obra de importancia es la gran represa, construida con gente de la localidad en el período comprendido



Mapa topográfico de la zona del pucará de Palermo

entre 1912 y 1922, y de la cual se puede derivar un río de agua.

El color local del ambiente árido, además de rodear por completo el oasis, se insinúa en él, y lo que en otros lugares apenas se esboza, aquí se acentúa y llama aún la atención del observador displicente: el uso del carbón para cercos en una extensión de más de cinco kilómetros de largo y en la magnífica, en la singular avenida de entrada.

La razón de ser de este oasis se halla en el grandioso nevado cuyas cumbres comienzan al N.O. de Cachi. De él desciende el río de Palermo por un valle muy encajonado, por una quebrada, hasta que confluye con el Calchaquí. Sus aguas son abundantes y dulces, más apropiadas que las del río principal en los cultivos. Desde la orilla izquierda de éste se goza la vista de un panorama estupendo. Una cumbre nevada brilla contra un cielo purísimo, por encima de montañas ciclópeas y abruptas. A su pie se extiende una planicie sensiblemente regular, ligeramente inclinada hacia el Este. Es la segunda terraza fluvial a la que antecede una pequeña más baja. Esta planicie de varios kilómetros de anchura ocupa el ángulo formado por la antedicha confluencia, ángulo delineado por la orilla derecha de ambos ríos. El verdor de los cultivos sobre la terraza fluvial constituye uno de los atractivos fundamentales de la localidad en cuyo marco, formando estridente contraste, predomina el color grisáceo del desierto cuya vegetación natural escasa y espinosa no alcanza a disfrazar la superficie pedregosa, más aún, en este medio, parece acentuar el tono desagradable y hostil.

No todo es grisáceo. Existen sus manchas de color, más frecuentes y variadas que las que se logran observar en Cachi. Varios cerros muestran sus flancos acusando una constitución estratificada sin cubierta de otros materiales ni de vegetación. Para el que quiere ver aquí únicamente datos científicos y color de ambiente, el hecho constituye un encanto. Tales estratos irisados pueden admirarse también en el centro del Valle donde los depósitos de rodados de ambas márgenes son cortados bruscamente por el cauce encajonado del río Calchaquí. Las aguas llevaron a cabo una profunda incisión hasta el fondo de la capa de rodados, se pusieron en contacto con las subyacentes capas muy dislocadas de materiales policromados, a las que no tardaron en incidir a su vez encajonando el lecho y haciéndolo tortuoso por influencia de la dirección de los estratos.

La profundización del cauce del Calchaquí trajo la profundización del cauce del río de Palermo debido a que descendió el nivel de base de éste. Por consiguiente aquí también se formó un lecho encajonado donde las aguas, después de

cortar el depósito de rodados, abrieron un cañón entre los estratos dislocados y discordantes. Pero esta intensa erosión vertical, a varios kilómetros al Oeste de la confluencia, encontró un obstáculo difícil de vencer. En efecto, la gran terraza fluvial que determinó el asiento del oasis de Palermo, en su parte occidental cesa, puesto que se levantan unos pequeños cerros situados a la salida de la quebrada de Palermo. Además del cambio topográfico, por acentuarse la pendiente, se registra otra diferencia notabilísima: la transformación morfológica lleva implícita una geológica. La planicie de la terraza fluvial es de material reciente acumulado por las aguas y que, por influencia del riego, permite la maravilla del oasis. En cambio, esas elevaciones son de material muy antiguo, muy dislocado, formado por estratos constituídos por lajas que a veces son delgadas como pizarras y es emplean para techar. La disposición general es de Sur a Norte, es decir, transversal a la dirección de la quebrada de Palermo, de manera que tienden a formar dique al curso de las aguas, dificultad aumentada por la dureza de esta roca con respecto a la capa de rodados y a los mismos estratos policromados. Es el mismo material que superabunda en el Valle y constituye los primeros cerros abruptos de la margen derecha del río Calchaquí, cerros de los cuales se desprenden series de espolones que en varios puntos avanzan hasta las aguas del río determinando los característicos angostos.

EL PUCARA DE PALERMO

De las susodichas elevaciones de Palermo, la situada a la orilla derecha del río constituye el llamado pucará. Sus laderas son generalmente de caída rápida, aunque desigualmente según la dirección. Donde la erosión vertical de los estratos más modernos se puso en contacto con el material más antiguo y resistente del cerro, existe un tajo profundo, un precipicio impresionante, un desnivel de pared vertical donde el acceso al pucará desde la orilla opuesta es absolutamente imposible.

Mucho menos pendiente ofrece en cambio hacia el oasis,

pero sólo es relativo, por cuanto aunque no pueda hablarse de ladera inaccesible, se trata siempre de flanco difícil de ascender cuando los ocupantes estén alerta para defenderse. Menor el desnivel y de más fácil acceso resulta hacia la entrada de la quebrada y en dirección a otros pequeños cerros análogos y que pueden considerarse como su continuación. Los cultivos se detienen al pie; los flancos sólo presentan vegetación natural xerófila, sobresaliendo con abundancia el característico cardón.

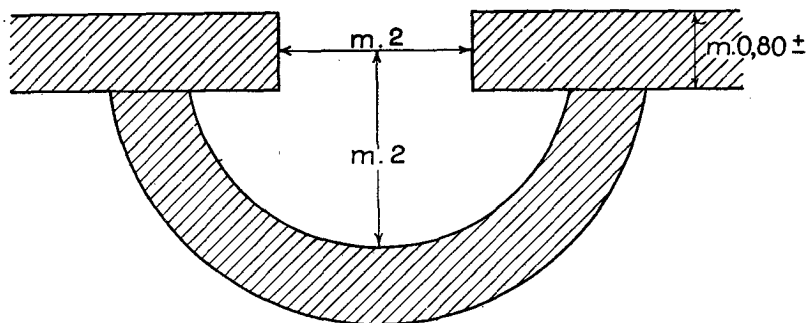
En el lugar se le designa como *pucará* y esta denominación es registrada en un mapa hipsométrico de la Dirección de Minas (17) cuyos signos permiten apreciar perfectamente la morfología general de los alrededores. De esta hoja se han extraído casi todos los datos que hicieron posible dibujar el mapa que acompaña a estas líneas. El nombre es sintomático y una visita aunque muy fugaz, nos dice que es de lo más acertado. Al respecto ya consigné algunas peculiaridades favorables de situación y de morfología. Precisamente, su aspecto accidentado que facilita la defensa y la vigilancia, su composición pedregosa, su ubicación al borde de una extensa área de posibles cultivos, con abundancia de agua dulce al alcance de la mano, y a la puerta de una quebrada, todo contribuye para considerar que el término corresponde a la verdad.

Si esto no resulta convincente, podemos recurrir a restos que dejaron los indígenas. La cumbre parece haber sido limpiada de obstáculos y cerca de ella se observan algunas pircas cuya dirección es ondulante y sin lugar a dudas el hecho nace de la necesidad que los constructores tuvieron en seguir las irregularidades de los flancos del cerro. En algún trecho el lado externo conserva todavía como un metro de altura. El ancho general es de unos ochenta centímetros, pero en algunos puntos puede medir alrededor de dos metros. No se trata de un amontonamiento informe de piedras, pues la disposición de las partes manifiesta haberse ordenado el material. En efecto, las piedras más grandes se colocaron para constituir

(17) MINISTERIO DE AGRICULTURA, DIRECCIÓN GENERAL DE MINAS, GEOLOGÍA E HIDROLOGÍA, *Mapa geológico-económico de la República Argentina. Escala 1:200.000. Hoja 7d (Rosario de Lerma). Topografía*, [Buenos Aires], 1919.

las caras de las paredes, mientras que el interior se rellenó con ripio.

Estas pircas no son *andenes* o construcciones agrarias, propias del terreno en pendiente cultivado y como lo podría hacer sospechar la vecindad del oasis. Son restos de fortaleza. Se afirma esto de manera segura, pues en el pucará no hay tierra que permita los cultivos; por doquiera afloran las pizarras. Además pude observar la existencia de un detalle sintomático que pone sobre la pista del destino asignado a la construcción. Se trata de varios reductos de dibujo regular que me llamaron inmediatamente la atención, y por ello incluyo su esquema en estas líneas. Creo conveniente traer a colación la noticia que suministra Ambrosetti de lo observado en



la muralla de las ruinas de Puerta de La Paya: "...en el lienzo del Oeste hay cinco reductos bien visibles, salientes, en forma de semicírculo de unos dos metros de diámetro mayor. Estos están casi equidistantemente distribuidos dos a cada lado de una lomita..." (18). Esto parece establecer una vinculación evidente entre las dos localidades arqueológicas.

En todo el pucará no hay indicios de excavaciones, cosa extraña y reconfortante, pues desgraciadamente las destrucciones en otros sitios a veces son casi completas. Habrá contribuido la vigilancia del dueño y también el hecho de que parece existir únicamente restos de pircas de defensa. Así lo

(18) JUAN B. AMBROSETTI, *Exploraciones*, etc., 36.

creí en un primer momento, pero luego tuve que corregirme por cuanto a la superficie entre las piedras, pude encontrar unos trozos de vasijas de barro cocido con rastros de fuego y de pintura. De cualquier modo es un pucará de pequeñas dimensiones, y dada la naturaleza del cerro es seguro que las excavaciones posibles serán pocas, pues seguramente poco ha de haberse enterrado.

Hacia el Sur, próximo a los cultivos, sobre especies de conos de deyección hay indicios de *antigal* con mucha pirca. El señor Jorge Figueroa me suministra esta noticia y a la vez agrega que haciendo la gran represa junto a la *sala* se hallaron algunos restos de piedra labrada. Arando sobre la terraza fluvial también se encuentra uno que otro material arqueológico. Por consiguiente, el pucará no era el único punto vinculado a la población indígena. En realidad acusa una función especializada, un lugar de defensa o de dominio favorecido por la naturaleza; mientras que en las vecindades se manifestaban otras actividades y localizaciones como ser la habitación y el cultivo, en algo semejante a lo que se observa hoy en día.

Al mismo señor Figueroa debo la noticia de la existencia de grabados rupestres. En efecto, unas lajas presentan una mayor dimensión que la común, sobresalen y tienen una cara amplia relativamente regular y sobre la cual se descubren figuras incisas. Son dos grupos muy próximos. Para fotografiar estos petroglifos pasé tiza siguiendo las líneas; pero prudentemente sólo lo hice con las líneas definidas, indubitables, de manera que, a fin de evitar errores derivados de fáciles cuanto engañosas interpretaciones, voluntariamente excluí del documento fotográfico las figuras que me parecieron borrosas. Las líneas grabadas dibujan figuras humanas, zoomorfas y otras cuya significación no intento dilucidar, pues simplemente me ciño a suministrar la noticia de este asunto a los especialistas a quienes corresponde ilustrar el presente caso y establecer las debidas relaciones con otros. Como dato de referencia, agregaré que, según creo, las piedras grabadas más cercanas a éstas de Palermo son las encontradas en las ruinas

de Quipón y en la vecindad de Puerta de La Paya, cuya noticia fué publicada por Debenedetti (19).

Este capítulo de geografía humana indígena del valle Calchaquí puede darse por terminado, aunque no por perfecto, indudablemente. La visión del ambiente produjo sus frutos; el método es bueno. Sin embargo, tratándose de un tema de geografía histórica, el documento no está patente en su integridad. El estudio antropogeográfico requiere la intervención de una ciencia auxiliar: la arqueología. El día que se cuente con el aporte suministrado por los estudiosos de esta disciplina, estaremos en condiciones de añadir más de una palabra oportuna, más de una luz aclaratoria a lo consignado en estas líneas.

Comunicación leída en Buenos Aires el 16 de agosto de 1939, en la reunión mensual de la Sociedad Argentina de Antropología; con posterioridad la redacción fué ampliada. Buenos Aires, 14 de octubre de 1940.

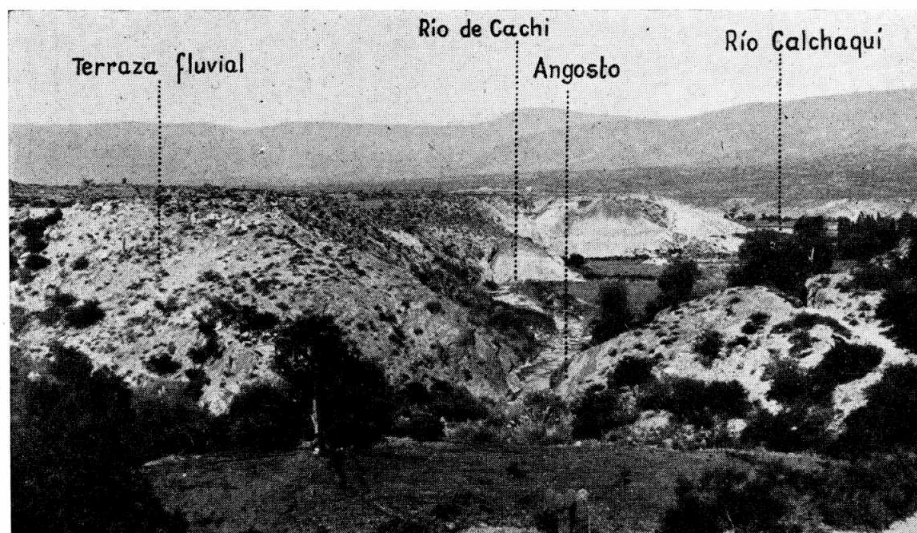
(19) SALV. DEBENEDETTI, *Excursión*, etc., 39-50.



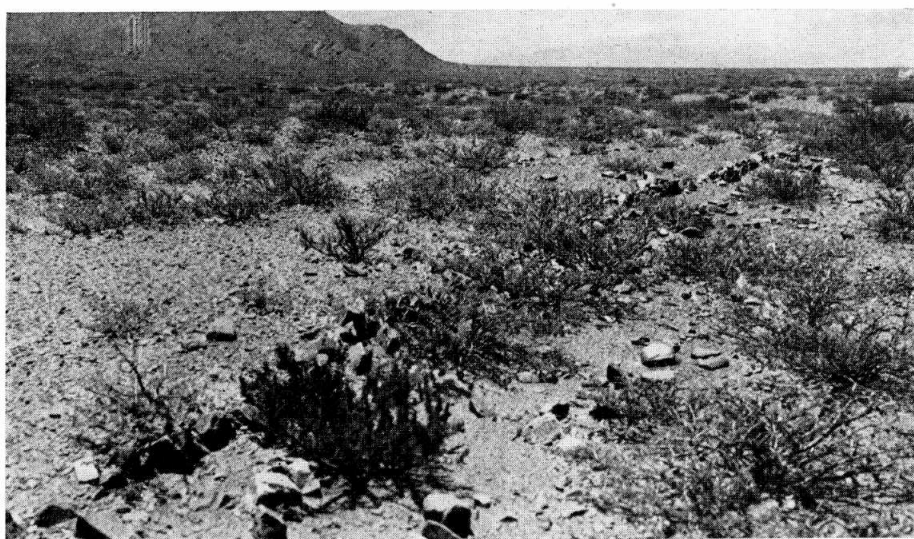
Quebrada de La Paya, desde el borde de la terraza fluvial constituida por el cono de deyección sobre el cual se hallan las extensas ruinas estudiadas por Ambrosetti. En La Paya hay pequeñas ruinas. (28 de enero de 1939).



Resto de escalón de cultivos, cerca de la escuela. La Paya, dep. Cachi. (28 de enero de 1939).



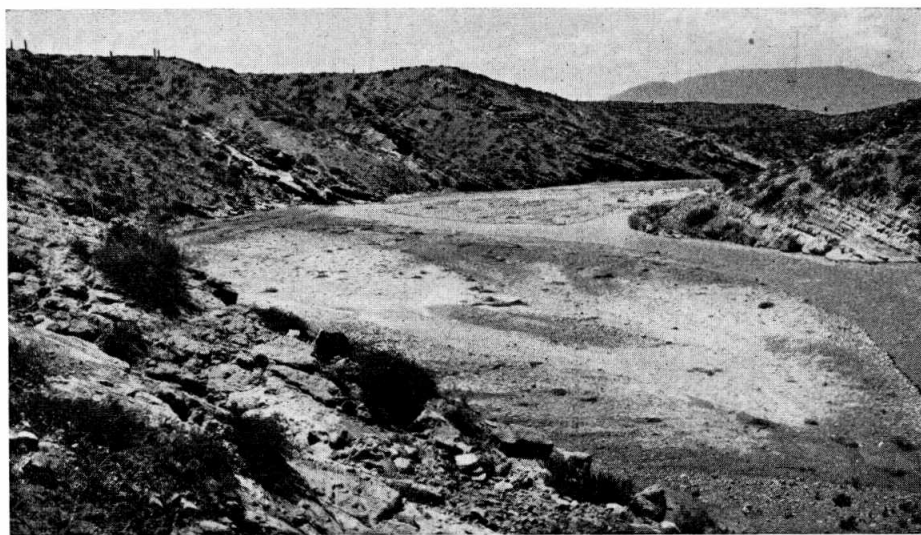
Curso inferior del río Cachi, cerca de la confluencia con el Calchaquí y del pueblo homónimo. Angosto de Fuerte Alto determinado por el material antiguo. En ambas orillas hay terrazas fluviales. (9 de febrero de 1939).



Terraza fluvial de la izquierda del río Cachi, exponente de aridez donde no alcanza el riego. Muestras de restos de construcciones indígenas. Fuerte Alto, dep. Cachi (27 de enero de 1939).



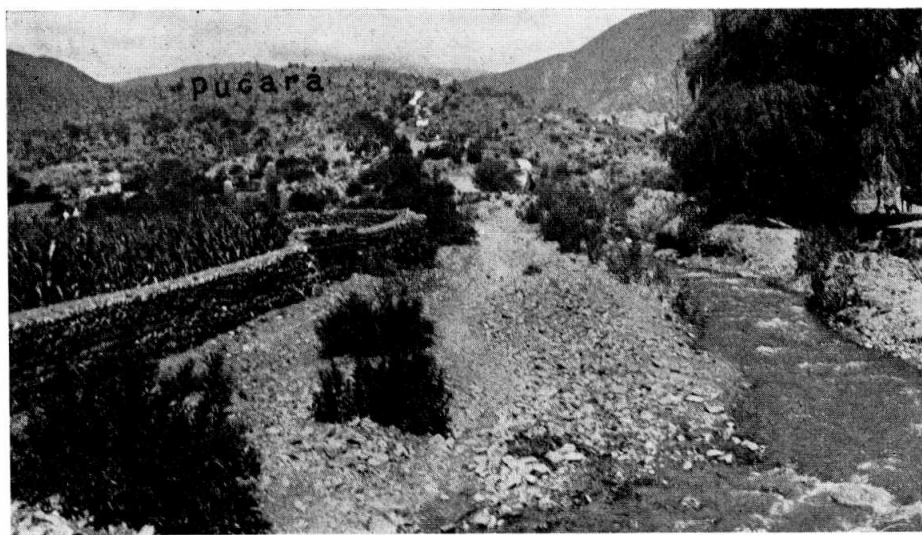
Valle Calchaquí mirando hacia el Norte, desde Palermo; el río está encajonado entre las terrazas fluviales; los nevados de Acay señalan el límite septentrional del Valle y se hallan a 60 Km. de distancia en línea recta. Palermo, dep. Cachi y La Poma (31 de enero de 1939).



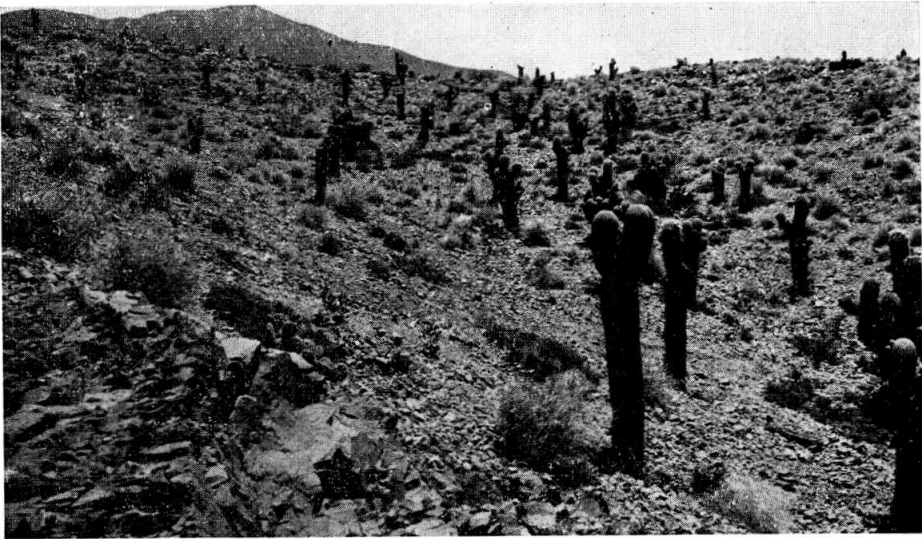
Cauce encajonado y serpenteante del río Calchaquí, entre los estratos dislocados. Palermo, dep. Cachi (31 de enero de 1939).



Cañón del curso inferior del río de Palermo mirando hacia la confluencia con el Calchaquí. En primer término: pendiente acentuada del pucará de material antiguo. Más allá: molino, serie de casas y comienzo del oasis. (1º de febrero de 1939).



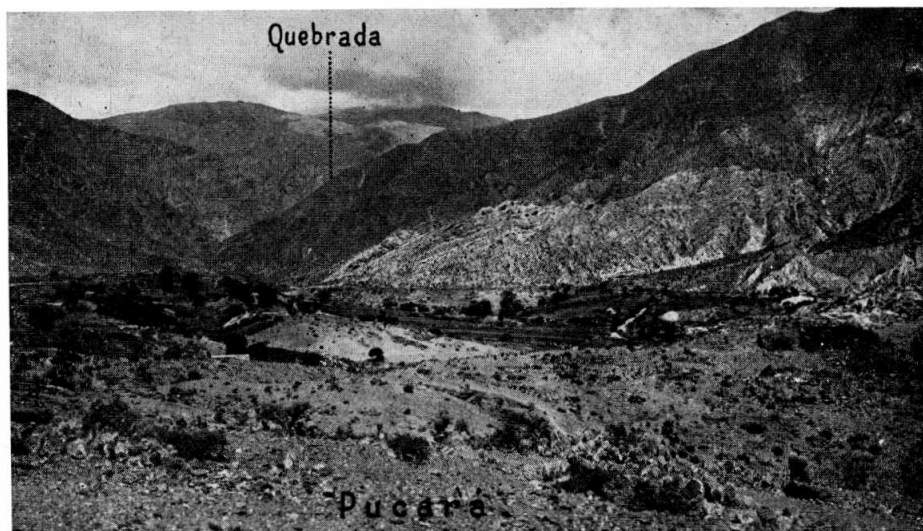
Vista del pucará de Palermo, desde el molino, al borde del cañón. La acequia deriva del río de Palermo. Cultivos y cercos de rodados. (1º de febrero de 1939).



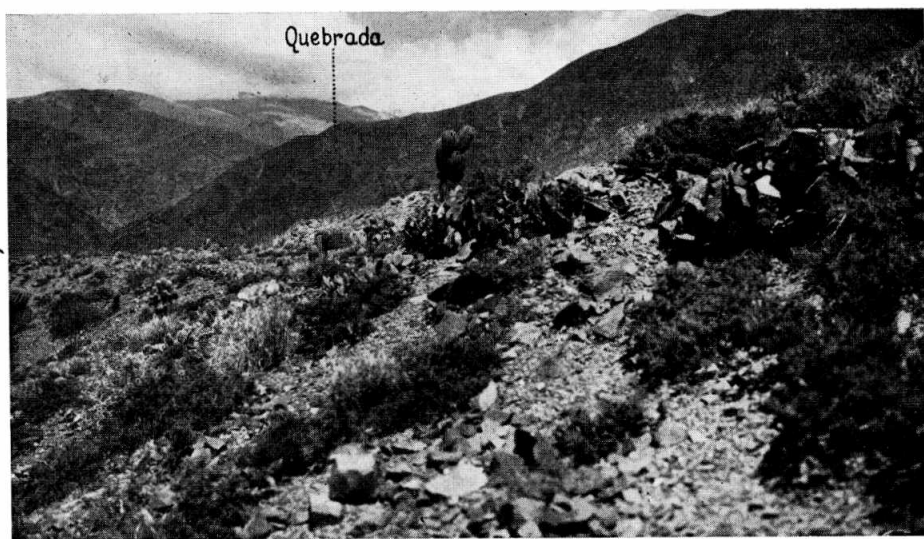
Pendiente acentuada, pedregosa y árida del pucará de Palermo, desde los petroglifos. Vegetación xerófila con mayor desarrollo de los cardones. Cerca de la cumbre hay restos de pircas. (1º de febrero de 1939).



Panorama desde la cumbre del pucará de Palermo, mirando al S. E. En primer término: pendiente abrupta del pucará. Visión de una gran parte del oasis de Palermo sobre la amplia terraza fluvial. Cierran el horizonte las sierras orientales del Valle. (1º de febrero de 1939).



Desde la cumbre del pucará de Palermo: comienzo de la quebrada, con algunos cultivos en la hondonada, cerca del río; picos cubiertos de nubes, como suele suceder en verano; cerros abruptos, áridos y de material muy dislocado. (1^o de febrero de 1939).



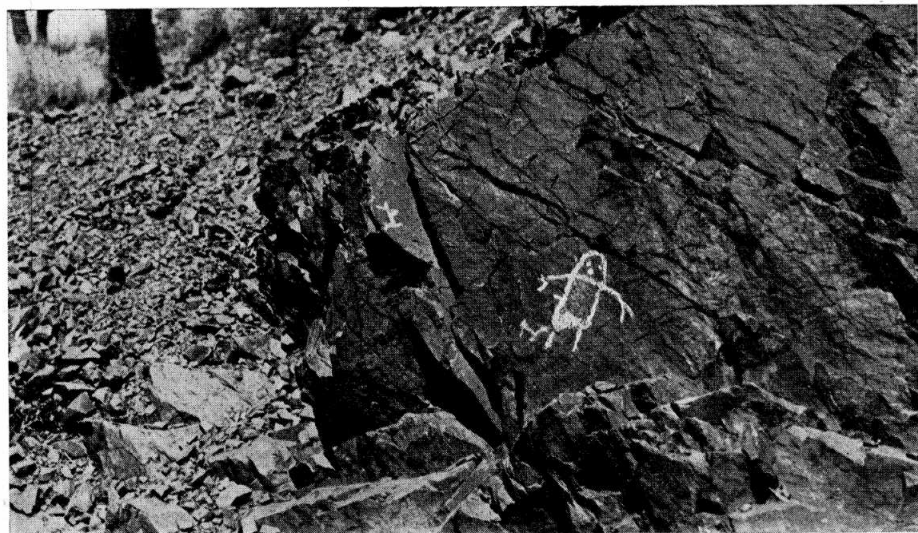
Cerca de la cumbre del pucará de Palermo: ladera escarpada y árida, con restos de una pirca de piedras irregulares. (1^o de febrero de 1939).



Parte inferior del pucará de Palermo, cerca de los cultivos del oasis. Vista de conjunto de las piedras de amplia superficie plana con una serie de petroglifos. (1º de febrero de 1939).



Vista especial de la serie más numerosa y más definida de petroglifos, en el pucará de Palermo. (1º de febrero de 1939).



Detalle de la otra piedra con grabados. Existen unos cuantos más pero son borrosos. (1º de febrero de 1939).



Habitantes de Palermo que, en los rasgos físicos, en el vestido y en otros caracteres, documentan mucha supervivencia indígena en la zona. (1º de febrero de 1939).